

Evocación del Vaticano II

Rafael Aguirre

Profesor emérito de la Universidad de Deusto-Bilbao
E-mail: raguirremon@hotmail.com

Las cuatro sesiones del Vaticano II coincidieron con mis cuatro años de estudios de teología en la Universidad Gregoriana de Roma. Residíamos en el Colegio Español un nutrido grupo de seminaristas y también se hospedaban la mayoría de los obispos españoles durante las sesiones conciliares. Llegué a Roma por vez primera el 10 de octubre de 1962 y el día siguiente, el 11, presencié en la plaza de San Pedro la procesión de los más de dos mil obispos que entraban en la Basílica para comenzar el Concilio. Los debates conciliares alcanzaron inmediatamente una viveza inusitada, que sorprendió a la curia romana, que pensaba que las declaraciones que había preparado iban a ser dócilmente suscritas por los obispos del mundo entero. Una curia italianizada y cooptada durante siglos había configurado una Iglesia centralizada y piramidal, cerrada ante la cultura contemporánea y enrocada en un concepto estrecho y posesivo de la verdad.

Pero en el aula conciliar la espita se abrió y se levantaron voces de obispos preparados, bien asesorados y con prestigio que obligaron a replantear las cuestiones y ampliar los temas. Lo que pasaba en el aula trascendía inmediatamente a la opinión pública. En el Colegio Español todas las noches Cipriano Calderón, jefe de la sección de lengua española de la oficina de prensa, nos daba una información exhaustiva de los acontecimientos del día. La ebullición teológica era enorme. Se sucedían las conferencias de Rahner, Congar, Schillebeeckx, Küng, Ratzinger, etc., que estaban en Roma como consultores del concilio o de algunos padres conciliares. Un foro destacado era el Colegio Brasileño, porque su episcopado era numeroso y singularmente abierto. El Vicariato de Roma dio una norma prohibiendo la asistencia de los seminaristas a estas conferencias, que solían estar de bote en bote. Obviamente no le hicimos ni caso. Y

Evocación del Vaticano II

es que el Concilio cogió de sorpresa a la curia vaticana, pero fue la salida a la luz de un movimiento teológico, litúrgico y pastoral, que con rigor, tenacidad y entre incomprendiones y sufrimientos se había ido gestando en el seno de la Iglesia. Cuando el Concilio ya se acercaba, los sectores teológicos romanos afines a la curia lanzaron un gran ataque contra el Instituto Bíblico, porque temían las consecuencias de los métodos críticos en los estudios bíblicos; dos beneméritos profesores, Lyonnet y Zerwick, fueron apartados de la docencia. Al poco de iniciarse el Concilio, la defensa de la tesis doctoral de N. Lohfink, se convirtió en un gran acto de solidaridad con el Bíblico de muchos y destacados padres conciliares y teólogos. En una visita a la Gregoriana, Benedicto XVI recordó públicamente su participación en aquel acto. Yo también estuve; además me escapaba de muchas clases de la Gregoriana para colarme en otras del vecino Bíblico, en el que posteriormente me inscribiría. En torno a la Biblia se echó un pulso decisivo (la *Dei Verbum* fue la primera constitución que se empezó

a discutir en 1962 y no se aprobó hasta la última sesión de 1966) y confieso que me orienté hacia los estudios bíblicos porque veía en ellos un lugar clave de confrontación con la cultura y de posibilidad de renovación de la teología y de la vida cristiana.

En el Concilio se articuló una doble visión de la Iglesia: hacia dentro subrayando la participación y la colegialidad; hacia fuera una Iglesia que hace suyos «los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren». Algunos nos hicimos curas porque nos creímos esto. Ahora dicen que la nuestra resultó una mala hornada. Sin duda hemos cometido muchos errores, pero lo peor es que la dinámica conciliar se vio pronto paralizada y, después, revertida. Muchos que ahora hablan de fidelidad al Papa y se consideran intérpretes del Vaticano II atacaron durísimamente a Juan XXIII y se opusieron al espíritu conciliar desde el primer momento. Y esto es también parte de mi evocación personal y directa del Vaticano II vivido en Roma. ■